

CAPITULO VI

TEORÍA DEL CONOCIMIENTO ABSTRACTO Ó CONOCIMIENTO
DE RAZÓN ✓

La sensación externa y la disposición que provoca por sí misma desaparecen con los objetos. No pueden, pues, fundar de por sí una verdadera experiencia, cuyas enseñanzas guíen nuestros actos en lo por venir. La imagen que la fantasía conserva es desde luego más débil que la impresión misma, va debilitándose cada vez más y se borra por completo con el tiempo. Sólo una cosa no está sujeta á esa extinción instantánea de las impresiones y á ese eclipse gradual de sus imágenes, y es independiente, por tanto, del poder del tiempo: el *concepto*. En conceptos se deben, pues, depositar las instrucciones de la experiencia, y sólo ellos son propios para guiar nuestros pasos en la vida. Séneca dijo con exactitud. *Si vis tibi omnia subjicere, te subjici ratione*. Y yo agrego que en la vida real, para ser superior á los demás, es necesario tener un espíritu reflexivo, proceder por virtud de nociones.

Un instrumento intelectual tan importante como el *concepto*, no puede ser idéntico á la *palabra*, que no es más que un sonido, el cual, como sensación, desaparece con la ondas sonoras; y como fantasma acústico se borra con el tiempo. Sin embargo, el concepto es una representación cuya conciencia precisa y cuya conservación están ligadas á la palabra. Los griegos llamaban λογος, no solamente á las palabras, sino á los conceptos, las relaciones, los pensamientos y la razón.

Con todo, el concepto difiere tanto de la palabra, á la que va unido, como de las percepciones de que nace. Es de distinta naturaleza que estas impresiones sensibles. Pero posee la facultad de recoger todos los resultados de la percepción intuitiva, para reproducirlos sin alteración ni disminución en cualquier momento. Así es como nace la experiencia. Lo que conserva el concepto no es la percepción ni la sensación que la acompañó; es su sustancia esencial, bajo una forma del todo diferente, aunque puede suplirlas, á la manera que no pudiendo conservarse las flores, se conserva su aceite esencial, el extracto que guarda el aroma y las virtudes. La acción, guiada por conceptos exactos, coincide en sus resultados con la intención propuesta. Para apreciar el valor inestimable de los conceptos, y por consiguiente, de la razón, no hay más que considerar la multitud innumerable y la variedad de las cosas y de los acontecimientos que se suceden ó coexisten, y darse cuenta de que el lenguaje y la escritura (signos de los conceptos) son capaces de darnos á conocer con precisión cada cosa y cada acontecimiento de cualesquiera lugar y fecha, lo cual es posible, porque un número relativamente mínimo de conceptos abraza y suple infinidad de cosas y de acontecimientos.

En la reflexión, la abstracción tiene el fin de rechazar todo bagaje inútil para manejar más fácilmente las nociones que se comparan. Se deja á un lado todo lo que no es esencial en las cosas reales y podría confundir, y se opera solamente con algunos atributos, poco numerosos pero esenciales, que retiene en abstracto el pensamiento.

Mas por la misma razón de que las nociones generales se forman á fuerza de abstraer y de separar de-

terminaciones, y de que, por consiguiente, cuanto más generales son más vacías, la ventaja que proporciona el valerse de ellas se reduce á combinar conocimientos que ya poseemos y á sacar conclusiones de las premisas en esos conocimientos contenidas. Aspectos nuevos no se pueden sacar, con ayuda del juicio, más que del conocimiento intuitivo, único fértil y fecundo.

Como además la comprensión de los conceptos está en razón inversa de su extensión, es decir, que cuantos más individuos comprendemos en un concepto menos pensamos con ese concepto, resulta que las nociones forman, desde la más particular hasta la más general, una serie gradual, una jerarquía, en cuyas capas inferiores está el realismo escolástico y en cuya cima está el nominalismo, resultando que casi tienen razón ambos, pues la noción más particular es casi el individuo, es decir, algo real, y la noción más general, v. gr. el *ser* (es decir, el infinitivo de la cópula), no es apenas más que una palabra. Por donde resulta que los sistemas filosóficos que se mantienen en el círculo de las nociones más generales, sin descender jamás á la realidad, no son apenas más que combinaciones de palabras. Como la abstracción consiste en eliminar con el pensamiento, cuanto más se elimina menos se conserva. Cuando leo los filosofismos modernos en que se procede constantemente por medio de abstracciones demasiado vastas, me ocurre, á pesar de toda la atención que pongo, que no puedo pensar nada durante este estudio, simplemente porque no ofrece materia al pensamiento. Manejando estas fórmulas vacías se experimenta una impresión análoga á la que se produce al querer lanzar á lo lejos cuerpos muy ligeros; no faltan la fuerza ni el impulso, pero apenas hay objeto en que emplearlos para efectuar el segundo momento

del movimiento. Quien quiera hacer la prueba, lea los escritos de los discípulos de Schelling, ó mejor todavía, los de los hegelianos.

Las nociones *simples*, deberían ser incapaces de descomposición, y por tanto, no podrían ser jamás materia de un juicio analítico. Considero esto imposible, pues desde el instante en que el espíritu posee una noción, debe poder indicar su contenido. Las nociones simples, que ordinariamente se citan como ejemplos, no son tales nociones, son meras sensaciones, como la de un color, ó bien formas de la intuición que nos son conocidas *a priori*; son, pues, los últimos elementos del conocimiento intuitivo. Este es en el conjunto de nuestras operaciones intelectuales lo que el granito en la Geognosia: la última base sólida que sostiene todo lo restante, y más allá de la cual no es posible pasar.

Para la claridad de una noción no basta poderla descomponer en sus atributos distintivos; es necesario que éstos, si son abstractos, puedan ser á su vez analizados hasta que se llegue al conocimiento intuitivo, es decir, á objetos concretos, cuya percepción apoye las últimas abstracciones y confirme su realidad al par que la de todas las abstracciones anteriores. Por eso no se demuestra que una noción es clara cuando se dice, como es costumbre hacerlo, que se pueden detallar sus caracteres, pues el análisis de esos caracteres puede conducir á otras nociones, sin que al fin se encuentren intuiciones que den á todas aquéllas realidad. Tomemos como ejemplo el concepto *espíritu* y descomongámosle en sus elementos: «ser pensante, dotado de voluntad, inmaterial, simple, sin extensión, indestructible»; no hallamos ahí nada que se ofrezca claramente al pensamiento, pues los elementos de esos nuevos

conceptos no pueden ser comprobados por intuición alguna: un ser pensante sin cerebro equivale á un ser que digiere sin estómago. Sólo las intuiciones son verdaderamente distintas, y no los conceptos; éstos á lo más, pueden ser claros. De ahí el error de haber unido y empleado como sinónimos los términos *distinto* y *confuso*, al sostener que el conocimiento intuitivo era un conocimiento abstracto confuso, queriendo afirmar de este modo que sólo el conocimiento abstracto es claro. Dunsio Escotto lo sostuvo el primero; mas Descartes participaba, en el fondo, de esta opinión, sobre la cual descansa su *Identitas indiscirnilium*. Véase la refutación de Kant, p. 275 de la primera edición de la *Crítica de la razón pura*.

Lo que antes hemos dicho de la relación íntima entre el concepto y la palabra, ó entre el lenguaje y la razón, descansa en realidad sobre las consideraciones siguientes. Todo nuestro conocimiento, con su percepción interior y exterior, tiene por forma constante el tiempo. Por el contrario, los conceptos como representaciones nacidas de la abstracción, completamente generales y distintas de todas las cosas individuales, tienen por esta cualidad una cierta existencia objetiva, que no forma parte de serie alguna del tiempo. Por consiguiente, para llegar á estar inmediatamente presentes en la conciencia individual y para formar, parte de una serie temporal, deben ser reducidos en algún modo á la condición de cosas particulares, deben ser individualizados y deben enlazarse con una relación sensible, que es la *palabra*. La palabra es, pues, el signo sensible del concepto, y por este título es medio indispensable para *fixarle* ó sea para mantenerle presente en nuestra conciencia, que es inseparable de la forma del tiempo, y para esta-

blecer por ahí un lazo entre la razón, cuyos objetos son *Universales* sin tiempo ni lugar, y el conocimiento unido al tiempo y á la sensibilidad, que es puramente animal. Ese es el único medio que tenemos para reproducir á voluntad, para conservar y para recordar los conceptos y realizar las operaciones para las cuales nos sirven: como son juzgar, deducir, comparar, limitar, etc. Ocurre ciertamente á veces, que los conceptos ocupan nuestra conciencia, aun estando ausentes sus signos, y que recorremos un encadenamiento de silogismos con tal rapidez, que no habríamos podido en ese tiempo *pensar* las palabras. Pero estas son excepciones que suponen un discurso muy ejercitado, y este ejercicio sólo por medio del lenguaje puede adquirirlo la razón. La conexión íntima que existe entre el uso de la razón y el lenguaje aparece con evidencia en los sordomudos, que cuando no han adquirido especie alguna de lenguaje, apenas muestran la misma inteligencia que un orangután ó un elefante, pues poseen la razón en *potencia*, mas no en *acto*.

Las palabras y el lenguaje son condición indispensable para pensar claramente. Pero como todo intermediario y toda máquina, el lenguaje aporta también sus dificultades y sus resistencias, pues introduce á la fuerza en moldes fijos y constantes, el pensamiento con sus matices infinitos, con su movilidad y su variabilidad, y al fijarle le esclaviza al mismo tiempo. Estos inconvenientes pueden ser evitados en parte con el estudio de varias lenguas, pues mediante este estudio, el pensamiento *extravasado* de uno en otro molde y modificado un tanto á cada nueva operación, pierde cada vez más de su forma y envoltura, con lo cual su esencia propia aparece más clara ante la conciencia y recobra su variabilidad primitiva. Las lenguas antiguas

son más adecuadas para prestar este servicio que las modernas, pues en razón á la gran diferencia entre las primeras y las segundas, el mismo pensamiento puede ser expresado de distinta manera y tomar un aspecto diverso; además la gramática más perfecta de las lenguas antiguas permite una construcción más ingeniosa y más acabada de los pensamientos y de sus consecuencias. Un griego ó un romano podía contentarse con conocer su lengua. Pero el que no conozca más que uno de nuestros dialectos modernos, mostrará en seguida su penuria así al escribir, como al hablar, pues su pensamiento encadenado indisolublemente á fórmulas pobres y estereotipadas, tendrá una marcha embarazada y monotonía. El genio puede vencer esta dificultad, pues lo suple todo, ejemplo: Shakespeare.

Dije en el párrafo 9 del primer volumen que las palabras son perfectamente comprendidas sin provocar representaciones sensibles ó imágenes en nuestra cabeza. Burke en su *Inquiry into the Sublime and Beautiful* expone esta tesis con mucha extensión y muy exactamente, pero saca la conclusión falsa en absoluto, de que oímos, comprendemos y empleamos las palabras sin ligar á ellas representación alguna (*idea*), cuando hubiera debido deducir que todas las representaciones (*ideas*) no son formas visibles (*imágenes*) y que precisamente aquellas que han menester ser designadas por palabras, son simples conceptos (naciones abstractas, que por su índole, no son perceptibles intuitivamente).

Como las palabras no transmiten más que nociones generales (las cuales difieren totalmente de las representaciones intuitivas), ocurre, por ejemplo, que cuando uno relata un acontecimiento, cuantos le escuchan tendrán ciertamente las mismas nociones de lo

sucedido, pero si quieren representarse los hechos de la narración, cada uno se formará en su fantasía una *imagen*, que se diferenciará considerablemente de la única verdadera, de la que vió el testigo ocular. Esta es la razón principal (aunque hay otras) de que un acontecimiento referido sucesivamente por varias personas resulte alterado: en efecto, el segundo narrador comunicará las nociones que ha extraído de la imagen que se formó él del suceso; por medio de estas nociones, el tercero se formará una imagen más lejana y *diferente* todavía de la verdadera, y á su vez la traducirá en nociones, y así sucesivamente. Aquel que tenga la imaginación bastante pobre para atenerse á los conceptos que le hayan sido comunicados y para reproducirlos casi en la misma forma, será el narrador más fiel.

En el libro de Tomás Reid *Essays on the powers of human mind* es donde he hallado la mejor y más racional explicación de la naturaleza y esencia de los conceptos. Ha sido impugnado por Dugald Stewart en su *Philosophy of the human mind*; mas no queriendo yo desperdiciar papel, sólo diré de este último que pertenece al número de los que han conseguido reputación innecesaria gracias al favor y al compadrazgo. Aconsejo, pues, al lector que no pierda el tiempo en leer sus vaciedades.

El escolástico Pico de la Mirandola, de raza de príncipes, comprendió ya que la razón es la facultad de las representaciones abstractas y el entendimiento de las representaciones intuitivas. En su obra *De imaginatione* distingue cuidadosamente ambas facultades y afirma que la razón es la facultad discursiva, propia del hombre; pero que el entendimiento es la facultad intuitiva que se acerca al modo de conoci-

miento de los ángeles y aun de Dios. También Spinoza caracteriza exactamente la razón diciendo que es la facultad de formar naciones generales (Et. II, prop. 40, escolio 2). No habría necesidad de mencionar esto si en los últimos cincuenta años los filosofastros de Alemania no hubiesen abusado de este concepto de la razón. Audaces y nada escrupulosos, querían introducir de contrabando bajo ese nombre, y establecer por medio de mentiras, una facultad de conocimiento inmediato metafísico, ó sea de lo que ellos llaman conocimientos suprasensibles; á la verdadera razón la bautizaban con el nombre de entendimiento, y al verdadero entendimiento (del cual carecían ellos, por de contado), le dejaban á un lado, asignando sus funciones intuitivas á la sensibilidad.

En este mundo cada nuevo recurso, cada ventaja, cada privilegio nuevo trae consigo nuevos inconvenientes. Así, la razón que proporciona al hombre tan grandes ventajas sobre los animales, le reporta también desventajas especiales y le abre caminos que pueden extraviarle y cuyo acceso está cerrado á las bestias. Esa facultad da poder sobre la voluntad á motivos de una naturaleza nueva, y á los cuales no están sometidas las bestias, á los motivos abstractos, á meros pensamientos que por lo general no están sacados de la experiencia propia, sino que proceden muchas veces de los discursos y del ejemplo de otro, y nos llegan por la tradición y la escritura. Lo que nos hace accesibles al pensamiento nos hace á la vez susceptibles de error. Y todo error causa, tarde ó temprano, un perjuicio, tanto más considerable cuanto mayor sea el error. El error individual es expiado algún día, y á veces se paga caro, y lo mismo sucede, en mayor escala, respecto á los errores comunes á todo un pueblo.

Nunca se repetirá demasiado que el error, dondequiera que se le halle, debe ser perseguido y extirpado como un enemigo de la humanidad entera, y que no debe haber error alguno privilegiado, ni, con mayor motivo, sancionado. El pensador tiene la obligación de atacarle aunque la humanidad entera hubiese de lanzar grandes gritos de dolor, como el enfermo á quien el médico toca en la parte dolorida.

El animal no puede jamás apartarse mucho de las vías de la naturaleza, porque todos sus motivos son del mundo intuitivo, donde sólo cabe lo posible ó mejor dicho, lo real. En las nociones abstractas, por el contrario, en los pensamientos y en las palabras cabe todo hasta lo que no es imaginable apenas, y, por consiguiente, caben lo falso, lo imposible, lo absurdo, lo insensato. Como todos poseen razón, aunque muy pocos tienen juicio, resulta que el hombre está muy expuesto al error, y es fácil presa de todas las quimeras imaginables que se le presenten. Estas, influyendo como motivos sobre su voluntad, pueden llevarle á todo género de tonterías y locuras, á las extravagancias más inauditas y también á los actos más opuestos á su naturaleza animal. La verdadera instrucción, aquella en que el conocimiento y el juicio marchan á compás, sólo está al alcance de una corta minoría, y aun es más corto todavía el número de los que puede aprovecharla. Para la gran mayoría está reemplazada por una especie de domesticación, conseguida por el ejemplo, por el hábito y á fuerza de inculcar firmemente al espíritu, desde la edad más tierna, ciertas nociones, antes de que experiencia, el entendimiento y el juicio, puedan impedir sus efectos. De esta manera se llega á inocular pensamientos que se asimilan tan profundamente que ninguna enseñanza puede borrarlos y

que parecen innatos, lo cual ha hecho que los tomen por tales hasta los mismos filósofos. Se puede por este medio inculcar á los hombres con la misma facilidad lo verdadero y lo racional, que lo absurdo. Se les puede habitar, por ejemplo, á acercarse á tal ó cual idolo poseídos de un santo terror y á humillar en el polvo su cuerpo y su espíritu cuando pronuncian el nombre de aquel idolo, á sacrificar voluntariamente sus bienes y su vida por palabras, por nombres, por la defensa de los caprichos más fantásticos, á asignar arbitrariamente á tal ó cual cosa el mayor honor ó la mayor infamia, estimando ó despreciando á las gentes en consonancia con ésto. Se les puede habitar á prescindir de todo alimento animal como en la India ó á comer, como en Abisinia, la carne todavía caliente y palpitante acabada de arrancar al animal, ó á ser antropófagos como en Nueva Zelanda, ó á sacrificar sus hijos al Moloch, ó á castrarse á sí mismos, ó á lanzarse á la pira de un difunto; en suma, se puede hacer de ellos lo que se quiera. Así es como se explican las cruzadas, las extravagancias de las sectas fanáticas, los chiliastas y los flagelantes, las persecuciones por herejía, los autos de fe, todo aquello en fin de que hay ejemplo en la larga lista de las locuras humanas. Y para que no se crea que sólo los siglos de tinieblas nos ofrecen tales testimonios, voy á citar algunos sacados de los tiempos modernos. En 1818, 7.000 chiliastas emigraron de Wurtemberg hacia el Ararat donde debía comenzar el nuevo Reino de Dios, anunciado por Jung Stilling (1). Gall refiere que en su tiempo una madre mató y asó á su hijo para curar con la grasa

(1) Véase Sugens. *Zeitschrift für historische Theologie* 1839, primer cuaderno, pág. 182.

del niño el reumatismo que padecía el marido de aquel monstruo (1).

En la práctica es donde aparece el lado trágico del error y del prejuicio. En la teoría se muestra el lado cómico. Si, por ejemplo, se persuadiera á tres individuos de que el Sol no es la fuente de donde emana la luz del día, no sería imposible que esta idea llegase á ser general. Un charlatán repugnante y de cortos alcances, un urdidor de absurdos inusitados, Hegel, ha podido pasar en Alemania por el mayor de los filósofos de todos los tiempos, y durante veinte años han estado convencidas de ello millares de personas. Aun fuera de Alemania, la Academia Danesa se creyó en el caso de defenderle contra mí y quiso que se le considerara como un *summus philosophus*. (Vease el Prólogo de los *Problemas fundamentales de la Etica*).

He ahí las desventajas que la posesión de la razón nos ocasiona, por andar tan escaso el juicio. Y á ellas se une la posibilidad de la demencia. Los animales jamás se vuelven locos; únicamente, los carniceros están expuestos á la rabia y los herbívoros á una especie de frenesí.

(1) Gall y Spurzeim. *De las disposiciones innatas*.